

RESEÑAS

PAUL EDWARD GOTTFRIED, *After Liberalism. Mass Democracy and the Managerial State*, Princeton, Princeton University Press, 1999, 188 pp.

Resulta difícil saber, hoy en día, qué significa ser *liberal* (o ser conservador, de derecha, de izquierda), en qué consiste una política liberal; y la dificultad no es accidental. Sucede, por decirlo en una frase, que las circunstancias no permiten ya, a fines del siglo XX, una política liberal consecuente; desde luego, no una política como pudieron imaginarla los liberales del siglo XIX, pero tampoco otra, puesta al día, que fuese consistente con los principios reconocibles del liberalismo.

El libro de Gottfried quiere explicar las razones de esa confusión, el proceso en el cual la tradición liberal ha ido mezclándose con otras ideas y propósitos, hasta hacerse irreconocible. Es un texto sobrio, documentado con seriedad, sin excesos, con una remota intención polémica, pero sobre todo útil. No dice nada muy nuevo ni que parezca sorprendente, pero sí ayuda a aclarar la sinuosa trayectoria del liberalismo del siglo XX. Su idea básica es que el liberalismo se ha desnaturalizado en la sociedad democrática contemporánea, en particular por su vinculación con el Estado de bienestar: lo que hoy queda de la política liberal, dice, no es más que un vago impulso igualitario y progresista, inmerso en la lógica administrativa de un Estado cada vez más poderoso y entrometido, es decir: antiliberal.

Tiene razón. Y tiene razón también en su argumentación histórica. Los liberales decimonónicos defendían un conjunto de derechos y libertades particulares, defendían la libertad económica y la tolerancia religiosa, querían la supresión de privilegios y lastres antiguos; sin embargo, su política, sus ideas y sus intereses estaban arraigados en un orden social todavía jerárquico y, en mucho, tradicional. Ese orden ha desaparecido, ha sido sustituido por la sociedad de masas, de producción industrial y gran consumo, igualitaria y democrática; con ello han desaparecido las condiciones que, implícitamente, daban sentido a la política liberal clásica. Dondequiera que se imponen los procedimientos democráticos, las mayorías tienden a preferir un gobierno que ofrezca seguridad y bienestar material, y no se preocupan tanto por principios abstractos; es cierto y también es razona-

ble. "El Estado de bienestar democrático, dice Gottfried, ha ganado poder y se ha consolidado porque le ha dado a la mayoría de la gente lo que ésta quiería" (p. 68). No creo que haya razón para sorprenderse. Tampoco la hay si el liberalismo se transforma para adecuarse a esa situación.

Insisto: no hay nada muy nuevo en la historia que se cuenta en *After Liberalism*. Pero es un relato interesante.

La principal debilidad del liberalismo, en las sociedades del siglo veinte, está en el hecho de que sea incompatible con la Democracia. Sin duda, puede argumentarse la idea de que hay una cierta continuidad, una especie de progresión lógica que lleva de los principios liberales al orden democrático; el propio Stuart Mili lo veía así. No obstante, en su definición radical, como decía Ortega, el liberalismo y la democracia empiezan por no tener nada que ver y terminan siendo, como tendencias, de sentido contrario. La inercia de las instituciones democráticas es autoritaria tanto como es igualitaria; el principio de la Soberanía Popular no puede aceptar, en buena lógica, ninguna limitación. Ni siquiera en las libertades individuales (a menos que se defienda como petición de principio). Pero tampoco es fácil tolerar, democráticamente, ningún tipo de desigualdad: ni aun las que produce el "mérito individual", que siempre es sospechoso de disimular sesgos e inequidades anteriores; mucho menos las desigualdades que son hereditarias sin remedio, como las que resultan de la acumulación, el ambiente familiar, la educación, las relaciones personales. Por cuya razón son cada vez menos los ámbitos efectivamente libres de toda interferencia del poder público. Puesto del modo más simple, el corazón de la democracia es antiliberal.

Gottfried pone el acento en otro aspecto: la asociación del liberalismo con la idea de Progreso. El fenómeno es curioso y conviene reparar en él. Durante 200 años la política liberal fue, en efecto, una política progresista, empeñada en transformar el Antiguo Régimen eliminando privilegios, desigualdades y limitaciones de la iniciativa individual. Cabía definir a sus adversarios, con mucha comodidad, como "conservadores". Ahora bien: no hay nada en la definición última, radical, del liberalismo que lo haga necesariamente progresista. La idea liberal se refiere a la limitación del poder político, nada más. La bandera del progresismo fue históricamente cierta y también muy útil, hizo posible que los liberales aprovecharan el entusiasmo reformador desatado por la Ilustración; pero la situación comenzó a cambiar, de modo definitivo, a partir de la Revolución de 1848. La causa del Progreso fue desde entonces la de la democracia y sobre todo la del socialismo.

Lo interesante es que numerosos liberales, comenzando por John Stuart Mill y Leonard T. Hobhouse, quisieron seguir siendo ante todo progresistas. Eso significaba, por supuesto, la defensa del sufragio universal, pero también

(y cada vez más) el uso de todo tipo de recursos “técnicos” para modificar el orden social. Siguiendo la línea de Comte, Stuart Mili veía con razonable entusiasmo la posibilidad de que la política del futuro fuese dominada por especialistas (profesionales, diríamos hoy, de la ingeniería social); por el mismo camino, Hobhouse, Tawney, Lippmann, Dewey y sus sucesores fueron dando forma a un “liberalismo progresista” que, en la práctica, se traducía en una política de redistribución del ingreso y una economía bajo control público, es decir: algo mucho más progresista que liberal.

La experiencia del siglo XX, en particular el ascenso del nacionalsocialismo, añadieron algo más: la convicción de que era necesario que el Estado se ocupase de educar a los ciudadanos para eliminar prejuicios y evitar el florecimiento de actitudes autoritarias. Acaso una tercera parte del libro de Gottfried se dedica a discutir eso: la deriva del Estado “terapéutico”, que se hace responsable de la salud mental de sus ciudadanos (según la definición de salud que le ofrecen expertos “progresistas”). Según su argumento –y también en eso tiene razón– no hay ya prácticamente nada de liberal en semejante política; vale la pena ver, no obstante, los mecanismos retóricos e ideológicos por los que el desarrollo de la idea liberal produce la política “terapéutica” con sus derivaciones multiculturales, cuotas, formas de discriminación “positiva”, etcétera.

Hay otro factor, fundamental en las transformaciones del liberalismo del siglo XX, que Gottfried no menciona en ningún momento: el peso de la idea de felicidad. Ecurridiza, cambiante, indefinible, la Felicidad fue una de las ambiciones fundamentales del pensamiento ilustrado, de importancia decisiva para la evolución de su herencia utilitaria, positivista, democrática y socialista: producir la felicidad de todos (o la mayor felicidad del mayor número) ha sido el propósito de la mayoría de los movimientos políticos de los últimos 200 años. No obstante, en estricto sentido la idea de felicidad no tiene cabida dentro del pensamiento liberal: no es posible decir nada sustantivo acerca de la felicidad en el lenguaje del liberalismo. En eso consiste el problema.

Al liberalismo, en su definición clásica, no le interesa procurar activamente la felicidad de nadie; su propósito es evitar cualquier exceso del poder, ponerle límites claros y sólidos. En cuanto a la felicidad, es un asunto privado y corresponde a cada cual buscarla del modo que mejor le parezca. No tiene sentido ni siquiera discutir acerca de ella en el ámbito público. De hecho, en su trayectoria histórica, la intención liberal ha sido precisamente ésa: evitar que ninguna autoridad –eclesiástica, política, comunitaria– imponga a los individuos su idea de lo que es la “vida buena”. No es difícil entender que para la sociedad del siglo XX resulte, como programa político, de muy escaso atractivo.

La realidad del mercado y la ilusión de la técnica, junto con la inercia de la idea democrática, hacen que la Felicidad esté en el centro de la cultura política contemporánea. Parece asequible, parece políticamente factible: no hay razón para dejarla de lado. Es natural que lo que queda del liberalismo se contagie de esa ansiedad; es natural que los liberales procuren la Felicidad y el Progreso con el recurso que parece más adecuado, es decir: la Administración del Estado (el ejemplo que viene más a mano, por citar uno, es el del “nuevo liberalismo” de Ralph Dahrendorf). Con eso dejan de ser liberales, seguramente; pero no parece haber alternativa, si no es un estoicismo aristocrático muy digno, muy consecuente, pero falto de vitalidad política. Esa impresión deja el libro de Gottfried: el momento liberal ya pasó.

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

PABLO BADILLO O'FARRELL Y ENRIQUE BOCARDO CRESPO (eds.), *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Madrid, Tecnos, 1999, 443 pp.*

A partir de la muerte de Isaiah Berlin en noviembre de 1997, han aparecido en lengua inglesa diversos libros sobre su vida y su obra. En español, el más importante de ellos, en el ámbito biográfico, es *Isaiah Berlin: su vida*, de Michael Ignatieff, prontamente traducido y publicado en 1999. Casi al mismo tiempo, apareció un texto que constituye uno de los mejores entre los que se han ocupado del conjunto de la obra de Berlin en nuestro idioma; se trata de *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, un libro en el que contribuyen 12 autores, el propio Berlin entre ellos. Aquí está uno de los aspectos más interesantes de *La mirada despierta de la historia*; por primera vez se publican en castellano estos tres textos suyos: “Mi andadura intelectual”, “Un punto de inflexión en el pensamiento político” y “La reputación de Vico” (este último, un inédito). En los dos primeros casos, estamos ante ensayos importantes dentro de lo que, con el paso del tiempo, se ha revelado como una obra prolífica.¹

* Esta reseña se publicó originalmente en la *Revista de Estudios Políticos*, (nueva época), núm. 109, julio-septiembre de 2000.

¹ Hasta la fecha han aparecido nueve volúmenes de ensayos y, hace apenas un par de años, Henry Hardy afirmaba que aún había “una buena parte de material que no ha sido publicado”. *La mirada despierta de la historia*, p. 412 (nota 7).